

hallado tantos medios de excitar nuestra fé, ¿quáles no encontraremos en la meditacion de las palabras mismas que constituyen la esencia del Sacrificio? Roguemos pues porque fructifiquen las verdades que acabamos de oír, y nos preparen para las que voy á explicar en el discurso siguiente, á fin de que esta palabra santa no se reciba en vano por nuestra parte, y que no vuelva á Dios sin haber producido en nosotros efectos saludables en el tiempo, y por toda una eternidad. Así sea.

## INSTRUCCION

SOBRE

LAS PALABRAS

## DE LA CONSAGRACION.

EVANGELIO DE SAN JUAN,  
cap. 6. v. 69.

*Tú tienes palabras de vida eterna.*

En el momento que nuestro Salvador acaba de anunciar el gran misterio de que tratamos en estas Instrucciones es quando le da este testimonio al Discípulo amado: estas son en efecto *palabras de vida*, porque Jesu-

Cristo se la comunica en cierta manera á unos elementos insensibles, transmitiéndolos en su cuerpo vivo y animado. En estas palabras de la vida de la gracia á todos los que verdaderamente convertidos y reformados participaban de este misterio, y asimismo de la *vida eterna*, comunicando el germen de ella, y dándose como prenda de la bienaventuranza. Nosotros pues, ántes de meditar las palabras de la *Consagracion*, debemos decirle: *tú tienes palabras de vida eterna*. El soplo de tu boca extermina los impios, y vivifica los justos; pero estas palabras son muy diferentes de las que sacaron al hombre de la nada, y de aquellas que formaron todos los seres vivientes, y ordenaron que cada especie creciese y se multiplicase. Estas obran inmediatamente sobre los corazones, forman el hombre interior y espiritual, y hacen de los fieles que participan de este misterio un orden nuevo de criaturas que lleva infinitas ventajas á todas las que no estan dotadas de inteligencia, y en fin aseguran una vida eterna en lugar de una vida perezosa. Vamos pues, mis hermanos, á oír con un temor re-

ligioso *las palabras de la Consagracion*, y meditemoslas con toda la atencion y el recogimiento que debe inspirar la fé.

La Iglesia ha dispuesto con mucha sabiduría que se digan estas palabras despues de una relacion breve de las circunstancias que intervinieron en la institucion de la santa Eucaristía, relacion que no puede mirarse como puramente histórica: ella es en algun modo la conclusion de la oracion precedente; y si los Padres no han tenido inconveniente en dar á toda ella el nombre de divina, goza tambien esta prerogativa la relacion que sigue inmediatamente, no solo porque está sacada del santo Evangelio, sino porque nos recuerda eficazmente la institucion de este gran misterio. Hemos ya pedido por Jesu-Cristo que Dios se digne hacer la víctima razonable y agradable, y ahora hacemos conmemoracion de que este Jesus, que es la víctima misma, en la víspera de su pasion tomó el pan en sus santas y venerables manos, y dando gracias, lo bendixo, lo partió y dió á sus discípulos, diciéndoles: *tomad y comed todos: esto es mi cuerpo*.

¡ Quántos misterios se contienen, hermanos míos, en estas palabras! Jesu-Cristo es el que obra, el que habla, el que ama á los suyos hasta el fin, y el que quiere tratarlos, no como á hombres destinados á ir en pos de él, sino como á unos amigos que quiere convidar á su mesa sagrada. Este Jesus es el consolador de los infelices, la luz del ciego, el pie de los cojos, el Médico de los enfermos desahuciados, el dueño de Satanás, y el vencedor de la muerte. Este Jesus es el que ama á las almas, el que busca los pecadores, y el que convierte los corazones mas duros. ¿ Qué se deberá, pues, esperar de una accion que tiene anunciada tanto tiempo ántes; que ha querido preparar por sí mismo, designando el lugar y las circunstancias de ella, y por la qual ha manifestado el deseo mas vivo? Este Jesus es aquel cuyo nombre es poderoso para inspirar confianza á los pecadores: en efecto, todas las acciones de su vida mortal se han dirigido á procurar el consuelo y la paz, y su deseo no ha sido otro que el de reunir á sí á todos los que le ha entregado su Padre. Pero sus

discípulos no tenían todavía la inteligencia necesaria para atreverse á decirle con el Profeta: *Señor, haz con nosotros un prodigio que sea nuestro consuelo y recurso.* No espera, no, que se le pidan, y escoge para obrarlo la víspera de su muerte, á fin de que este misterio no fuese mas que una sola accion con la de su Sacrificio; á fin de que estuviésemos seguros de que la caridad que le inspiraba este Sacrificio mismo, le conducia tambien á él; á fin de que en el Sacrificio inerte se encontrase una representacion real y efectiva del Sacrificio cruento, y un consuelo sensible del dolor que debia inspirar su muerte; á fin que pudiese decir con seguridad sobre la cruz que todo estaba consumado de parte de su misericordia.

La víspera, pues, de su muerte, es decir, en el momento que medita su Sacrificio, en que trama Judas su traicion, en que la Sinagoga prepara su suplicio, y en que la justicia de su Padre ha fixado el término de la reparacion, Jesu-Cristo toma el Pan. No extrañemos, hermanos míos, la eleccion que hace de la materia mas

comun, porque quiere probar nuestra fe, valiéndose de los recursos mas sencillos, y sobrelevar nuestra timidez, apartando de este misterio todo aparato pomposo y magnífico. El Pan que hace el alimento diario del pobre y del rico, del fuerte y del débil, es el que escoge Dios para que sea nuestra vida, y lo toma como un símbolo que contiene todas las gracias y efectos que ha querido hacer depender de este medio de salvacion; él lo consagra de nuevo para alimentar al indigente, para fortificar al flaco, para perpetuar la vida de los que han recibido su gracia, y obra tan habitualmente estos prodigios en el orden espiritual, como lo hace su providencia en el mundo visible. Este brazo poderoso que sostiene el universo, y que conserva sus criaturas; esa mano santa y venerable es la que toma el Pan. En efecto, estas manos son santas, y santifican quanto tocan.

Que la capa de Elías comunique su espíritu á todo el que la toca; que los huesos de Eliseo resuciten un cadáver puesto sobre su sepulcro; en todos estos prodigios no veo sino una

emanacion de la virtud divina, de la qual están llenas las manos adorables de Jesu-Cristo. Esta virtud admirable descende del cielo, donde está el trono de la magestad de Dios; y así Jesu-Cristo levanta hasta el cielo sus miradas. El tiene exclusivamente el derecho de levantar esa cabeza que no ha sido sometida baxo el yugo del pecado, que no está agravada con deseos terrenos y carnales, de quien no se ha dicho, tú eres polvo, y has de volver al polvo de donde has salido, sino que al contrario, es de ella de quien habla el Profeta, quando dice: *no permitirás, ó Dios mio, que tu Santo vea la corrupcion.* Pero nosotros debemos baxar nuestros ojos mientras que él los eleva; volvámoslos á considerar nuestras miserias, y no perdamos jamas de vista la nada de donde hemos salido, ni el abismo vergonzoso de que nos ha librado. Unámonos sobre todo á las acciones de gracias que acompañan á esta accion de Jesu-Cristo, el qual se las da á su Padre por nosotros, porque le oye siempre que le invoca; porque le ama juntamente con los suyos; porque preparándole hu-

millaciones y tormentos, prepara tambien á todos los que toman su cruz, un peso de gloria inestimable; porque el poder de las tinieblas que va muy luego á triunfar, encontrará su confusion y su derrota en su victoria; y porque el aguijon de la muerte se volverá contra la muerte misma para destruirla. El da gracias de todos los efectos de su Sacrificio, y bendice el Pan que toma en sus manos, ó por mejor decir, bendice en este acto esa numerosa familia que se va á formar sobre la cruz; esa Iglesia santa que va á nacer de los dolores mismos de su pasion; y en fin, tantos pueblos que ántes eran el objeto de su ira, y que ahora han de convertirse en hijos de su misericordia. Nada tienen que hacer con estas bendiciones, ni la que Isaac da á Jacob, ni la de Israel sobre sus doce hijos juntos, porque ellas solo eran la figura, y éstas son la realidad. Un Padre que ha prometido no dexar huérfanos á sus Apóstoles, es el que en esta sola bendicion les asegura toda suerte de bendiciones, á saber, las de la tierra, las del cielo, las del tiempo y las de la eternidad.

Despues de esta bendiciones quando parte el Pan, y lo distribuye; y esta es una accion que sirve para probar de una manera la mas eficaz y sensible la verdad de las palabras que decia á sus Apóstoles: *Yo tengo que padecer un bautismo de sangre, y mi corazon estará oprimido hasta que haya sido consumado. He deseado con deseo hacer esta Pascua con vosotros: como si dixese: mi sangre está impaciente de derramarse por vosotros; mi cuerpo será gustosamente maltratado para curar vuestras heridas, y la negra tristeza que me causa de antemano la idea de mis ignominias y de mi muerte, es para mí el colmo de los consuelos, porque aquí encontrareis el remedio á vuestros males: recibidle, pues, con tanto ardor, como yo tengo por sacrificarle; comedle con el mismo amor que yo manifiesto para ofrecerle. Sé muy bien que no todos sois dignos de este favor; pero sin embargo yo preparo para vosotros este alimento que puede ser útil para todos; y aquellos mismos que por sus pecados están mas distantes de él, encontrarán en este Sacrificio poderosamente*

sos medios para acercarse: *Esto es mi cuerpo.* Pero ¿qué decís, Señor? ¿Es posible que sea vuestro cuerpo este Pan material que tenéis en vuestras manos? Este Pan que partís y distribuis entre vuestros Apóstoles ¿es verdaderamente vuestro cuerpo? Este Pan que no pueden distinguir los ojos mas perspicaces del Pan material y comun, que tiene su gusto, y produce sus efectos, ¿es verdaderamente vuestro cuerpo? Sí, *esto es mi cuerpo;* y no podeis dudar de la verdad de mis palabras, segun los testimonios que me han dado mis obras, ni tampoco de mi poder, segun los milagros que he obrado á vuestra vista. ¿Dudariais de mi amor despues de las pruebas sensibles que habeis recibido de él en tantas ocasiones? *Esto es mi cuerpo.* Pero, Señor, en el tiempo de vuestra vida mortal se certificaban nuestros ojos de los milagros que obrabais: el vino de las bodas de Canaa llenó de consuelo á los esposos: nuestras manos distribuyéron per sí mismas los panes que multiplicasteis dos veces: nosotros hemos visto que habeis resucitado los muertos: hemos unido nuestras al-

banzas con los leprosos que purificabais, y con los ciegos á quienes dabais vista; pero aquí solo vemos, tocamos y gustamos Pan.

Es verdad, dice el Salvador; pero este Pan que tocais os habia sido prometido; este Pan que veís os estaba anunciado como un Pan baxado del cielo; este Pan que comeis habia sido llamado ántes mi carne, esta misma carne que debo entregar para dar la vida al mundo. Ya pasáron los tiempos de las parábolas, os trato como amigos sin reservaros nada de mis secretos: ya no os hablo en figuras, ni os digo, esta es la figura de mi cuerpo; el Pan por sí mismo nada tiene que le sea propio para denotar mi carne, y nada os he dicho de antemano que pueda prepararos á la aplicacion de esta parábola. Os engañaria ciertamente quando os digo: *Esto es mi cuerpo,* si ocultase baxo esta figura un sentido que no comprehendieseis. Creed por tanto á mi palabra, creed á mi amor: he amado á los míos, y los amo hasta el fin, pues que les dexo la prenda mas preciosa de mi amor, dándoles á comer mi propio cuerpo. Pero qué

¿es posible que vamos á comer vuestra carne? Al oír este discurso se rebelan nuestros sentidos, y concebimos dentro de nosotros ese secreto horror que experimentáron los de Capharnaum quando les anunciasteis el grande esfuerzo de vuestro amor. Siendo, como sois, el mas amable de los hijos de los hombres, ¿podeis proponer á vuestros discípulos que se alimenten de carne y de sangre? Se nos prohíbe en vuestra ley el ser homicidas de nuestro hermano, ¿y tendremos ánimo para comer la carne de Jesu-Cristo.

Pero ved, Cristianos, cómo responde á semejante razonamiento nuestro Divino Salvador: vosotros, discípulos míos los mas fieles, instruidos por mí mismo en este misterio, no tendreis ideas tan carnales y groseras; ántes bien traereis á la memoria que os he dicho repetidas veces que mis palabras eran espíritu y vida, y sacareis la consecuencia, que si la misericordia mia os prepara un alimento tan excelente, sabrá mi poder emplear los medios mas propios para obrar este misterio. No se trata de una car-

ne que se divide y se parte, como la de que os alimentais, sino de mi cuerpo entero, dado á cada uno de vosotros: no se trata de una carne muerta y desagrada, sino de un cuerpo vivo, principio de una vida espiritual; y estas palabras: *Esto es mi cuerpo*, son espíritu y vida, respecto que obran una verdadera inmolucion sin destruccion; una verdadera y real comida sin la menor corrupcion, y que las apariencias que encubren este misterio, solo son un velo que exercita vuestra fe, y contempla vuestra delicadeza comunicándoos un Dios baxo las especies mas conocidas y familiares al hombre. Creed, pues, y enseñad en la larga serie de los siglos, que *esto es mi cuerpo*.

Nosotros, hermanos míos, renovemos nuestra fe sobre este adorable misterio; impongamos silencio á nuestra razon; apartemos de nuestro espíritu toda incertidumbre; preparémonos para sacar saludables reflexiones de estas verdades importantes; y entré tanto que os hablo en la Instruccion siguiente de las palabras que pronuncia el Sacerdote para consagrar la subs-

108 *Instruccion sobre las palabras*

tancia del vino, pidamos á Dios que nos dé la gracia de meditarlas de antemano con un corazon puro y abrasado de caridad. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LAS PALABRAS

*DE LA CONSAGRACION DEL VINO.*

EXODO, CAP. 24.  
vers. 8.

*Esta es la sangre de la alianza que  
ha establecido el Señor.*

YA no habla Moysés, hermanos míos, ni se trata de una alianza pasajera, ni de una ley de muerte. La alianza de que tratamos está cimentada con la sangre, como la que Dios hizo en otro tiempo con su pueblo;

TOM. II. K